



SEGUNDA PARTE

MEMORIAS DE UN MOCHO

(1859-1860)

Si buscas, lector discreto, noticias de la vida y obras del autor cuyas hazañas se cuentan en este lugar, en cualquier Larousse, Vapérau ó Gubernatis de vieja ó cercana data, perderás tu tiempo y tu trabajo, porque en ninguna enciclopedia ni diccionario se hace mención del historiador Buenaventura Ortiz.

Yo he sido quien, con grandes esfuerzos, he logrado obtener las memorias que mi amigo perjeñó para hacerlas entrar en el relato de esta parte de mi vida.

Puede parecer á algunos que presto á Ortiz demasiados adornos retóricos. Confieso que en muchas cosas Venturita habla como yo hubiera hablado; pero consiste todo en

que la forma de mi pobre amigo era más mala aún que la mía, y queriendo enmendar esto y lo otro, rehice todo lo escrito.

Y nadie extrañe que aquí y allá, ésta y las demás partes de mi trabajo aparezcan con cierto viso literario. Se debe tal cosa á que mis estudios no fueron del todo perdidos, y sobre todo á que tengo más de setenta años de vida que he dedicado en su mayor parte á leer, pues como Miguel de Cervantes, suelo enterarme hasta de los papeles que están caídos por las calles.

J. P. DE LA LL.

El cinco de Noviembre, á las cuatro de la madrugada, salió el señor Presidente en compañía de sus ayudantes y del joven ministro don Isidro Díaz, con dirección á Querétaro.

No era ya Miramón el muchacho alegre y franco que conocieron otros; se había vuelto reflexivo, meditabundo y grave, como persona sobre quien pesaban tantas y tan enormes responsabilidades. Gustaba, sin embargo, de que otros bromearan y chacotearan en su presencia, mientras él se entretenía contemplando las espirales de humo de los cigarros, el techo del coche, lleno de señales de balas, y el campo, ya quemado por las heladas prematuras.

En vez de encerrarse en México, salió el Presidente á



D. Miguel Miramón

batir á campo raso al enemigo por si acaso Dios se dignaba darnos la victoria. ¡Vaya si la merecía quien tan gentilmente retaba á la fortuna y se ponía al frente de los suyos contra tropas muy superiores en número!

Llegamos á Querétaro, despreciando las gavillas latro-liberales que nos salían al paso, poniéndonos desde luego en comunicación con el señor general Mejía.

¡Qué jefe este Mejía! Callado, discreto, sincero, honrado, y eso sí, valiente como ninguno. Adora á S. E. y cree á pies juntillas que con Miramón al frente se conseguirá vencer á la canalla, aunque tenga cien veces más elementos de los que posee.

Parece que Márquez desobedeció claramente y se rebeló rehusándose á mandarnos auxilios; que Woll anunció no podía salir de Zacatecas antes del once, y que Degollado, Arteaga, Doblado, Alvarez y demás gentuza se acercaron violentamente.

Luego que el sacristán Degollado se avistó, mandó citar al señor Presidente para una conferencia, á fin de inclinarle á que reconociera, ¡qué gracia tiene! el famoso *cuerno de la abundancia*, la terrible *ley nueva de gracia*, la Constitución de 57, en fin.

Partió S. E. acompañado no más de su ministro Díaz, y el infame don Santos llegó con Gómez Farias, hijo del terrible liberal que tanta guerra ha dado en todo tiempo.

Que diga cualquiera si no podía considerarse un tonto

incapaz de sacramento á quien creía embaucar á nuestro caudillo, proponiéndole que aceptara tonterías y maldades que había combatido por años enteros. Sin embargo, Miramón acudió á la cita, no porque creyera, como aseguró después Degollado, que las doctrinas (bonitas doctrinas) liberales eran las mejores, sino porque quería ganar tiempo, á fin de que llegara nuestra artillería.

Salimos de Querétaro al amanecer, con gran silencio y seguros de que los chinacos nada habrían emprendido; pero nos engañamos: ya se hallaban posesionados de un otero que dominaba nuestra izquierda, y tan pronto como nos divisaron empezó el cañoneo, que nos molestaba más de la cuenta.

El Presidente recorrió la posición é hizo plegar las columnas en orden profundo, concentrando los contingentes á la izquierda del enemigo y á la derecha nuestra; allí situó las baterías de doce y de veinticuatro, flanqueando la batalla enemiga.

El campo no es fácil de figurarse, por ser lo más irregular que podía haberse escogido: en medio, el río de la Laja; á la izquierda la loma de la Estancia, que ha dado nombre á la acción; más allá una eminencia en que se acantonan las tropas de Jalisco, Guanajuato y Zacatecas; á la derecha, en unas casas derruidas, las tropas de Vélez, y en una ladrillera vieja los batallones de Sierra Gorda y cuarto ligero.



El fuego de cañón empezó á las siete; á las nueve el enemigo destacó sobre nuestra izquierda una fuerte columna protegida por una nube de tiradores. La contuvieron cuatrocientos caballos de la brigada Alfaro, el batallón de Guanajuato y el de León con seis piezas á las órdenes de Mejía.

Surtió efecto la acometida del impertérrito serrano; pero á poco el enemigo amagó por el centro y por la derecha. Al centro se destinaron el batallón de Sierra Gorda y doscientos cazadores, y á la derecha el batallón de Silao. La huída de los blusas fué inmediata en este extremo.

En el centro no fuimos tan dichosos. Sierra Gorda se dispersó y los *colorados* quisieron hacer un empuje decisivo. El General, con intuición rápida, comprendió que roto el

centro quedarían en desorden los dos costados, y dispuso que entrara en fuego todo el mundo, exceptuando sólo la reserva.

El enemigo, á favor de las cortaduras, cercas y casas de la Estancia, hacía un fuego certero que diezmaba nuestras filas. Repentinamente, vimos que el campo se llenaba de blusas, que los artilleros rompían los atalajes y dejando abandonadas las piezas montaban en las mulas, que los batallones se deshacían y que la resistencia cesaba. Un hombre, probablemente Degollado, recorría las filas acompañado de unos cuantos oficiales, tratando en vano de detener la dispersión. Ni pensarlo: el pánico de las multitudes se había apoderado de aquellos bellacos (sobre todo los de San Luis y Guanajuato), que se dice estaban ya preparados para esa evolución mediante cierto unguento que salió de las cajas de nuestra pagaduría.

La persecución se emprendió hasta que nuestros caballos no pudieron más. Los de los otros han de haber sido de casta distinta, pues resistieron sin reventarse hasta poner en salvo á los *puretes*.

Un coronel conservador llevaba tan cerca á Doblado, que podía haberle dejado seco de un pistoletazo; pero quiso tener el placer de cogerle prisionero y darle su merecido, cuando la pobre bestia que montaba mi correligionario cayó sofocada.

A las doce horas empezaron á llegar oficiales á Guana-

juato, que dista cuarenta leguas del lugar de la acción; el catorce en la noche entró Degollado, que no ha podido menos de confesar que ésta ha sido la batalla más gloriosa de las que le ha ganado nuestro general. En la mañana salió rumbo á San Felipe.

En Celaya estuvieron el bueno de don Quijote de la Garra y los tres ó cuatro que formaban su ejército á punto de morir á manos del indignado pueblo del lugar, que apoderándose de una pieza de artillería abandonada hizo repetidos disparos sobre los constitucioneros.



D. JOSÉ JUSTO ÁLVAREZ

Parece que entre los fugitivos se halló el bandido Cheesman, el autor de la maldita idea de las minas en Guadalajara: se le mandó fusilar para que se desagraviara un poco la justicia ultrajada por aquel monstruo.

Don José Justo Álvarez, general del ejército y no lírico como Degollado y cómplices, debía dirigir la acción; pero la víspera fué víctima de un accidente que pudo costarle

la vida: un ayudante de Doblado bajó de su caballo, el animal se sacudió con los arneses para quitarse el polvo del camino, y entonces cayó de las pistoleras un revólver que hirió á Álvarez arriba de la rodilla.

Se contó que don Justo se había herido á sí mismo para evitar meterse en un negocio cuyo desenlace temía; pero parece que no es verdad, aunque así lo hacía presumir el impertinente don José Gil Partearroyo, que publicó una carta llena de injurias á nuestros periódicos, porque se atrevieron á sostener lo de la herida por mano propia.

Acababa el desdichado Álvarez de sufrir la amputación, cuando llegó á Celaya el señor Mejía. El pueblo estaba empeñado en coger al herido y quitarle la vida, cuando don Tomás ahuyentó á los agresores, que apenas estaban detenidos por las exhortaciones de un eclesiástico anciano.

También Tapia cayó herido; Miramón fué á verle, y el moribundo, porque lo era, dijo incorporándose un poco: «Disponga V. E. de mi persona; pero sírvase tener en cuenta la de mi ayudante, que me ha servido con lealtad.» Y el vencedor le respondió: «No tengo que disponer sino que usted se mejore. Deploro la guerra terrible que divide á la nación en dos partidos, y ansío como el que más que termine esta maldita pendencia para que todos los mexicanos formemos una sola familia. En cuanto á su ayu-

dante, puede seguir al lado de usted, y si usted muere, queda en libertad de ir á donde quiera.»

Al día siguiente salí en unión del señor Mejía para entregar en México las treinta piezas de artillería, parque, carros, fraguas y fusiles recogidos á la canalla. Se nos recibió no como triunfadores, sino como dioses. Llegamos el viernes diez y seis en medio de aclamaciones, vítores, repiques, palomas y miradas de niñas bonitas; el domingo nos ofrecieron una corrida de toros, y el martes siguiente una representación de gala en que los actores hicieron *El Tesorero del Rey*, comedia que me dejó embobado. Muchos echaban de menos á la Zafrané y á José Miguel, que estaban ausentes; pero á mí me parecieron de perlas doña Merced González y el actor Rojas, quizás porque no había visto cosa mejor.

Noviembre de 1859 (México).

¡Maldito sea el dinero, amén! Por él nacen y se destruyen imperios, bajan ó suben gobiernos, se afirman ó destruyen reputaciones, pasan ó permanecen hombres, instituciones y señoríos!

Por la falta de dinero está en guerra esta nación hace cincuenta años; por falta de dinero no puede afirmarse ningún gobierno; por falta de dinero nos maltratan y menosprecian los extranjeros, y por falta de dinero aconte-

cen diariamente batallas... que cuestan el dinero que se gasta en sostener tropas y armamentos, y el dinero que se pierde por lo que las gentes dejan de ganar y de lucrarse.

¡Siempre el dinero! Yo creo que en el país no hay sino un medio millón de pesos á lo más, y que, según que lo posean los puros ó los conservadores, así es distinta la suerte del partido respectivo.

¿Lo tiene los chinacos? Su suerte se llama Cuevitas, Durango, Guadalajara.

¿Lo guardan los conservadores? El éxito ocurre en seguida con ellos y triunfan en Atenquique, San Joaquín y Ahualulco.

El resorte y el nervio oculto de esta guerra consiste en esto: hay alguien que tiene más, mucho más del medio millón consabido: el clero, y hay que quitárselo de algún modo. Los conservadores aguardan sacar la tajada en forma de pensiones, de capitales impuestos á rédito, de regalitos, de administraciones de conventos de monjas y de otros cien mil arbitrios. Los liberales quieren coger esos dinerales y hacer *jura* con ellos simulando un gran bautizo en que el *volo* sea de muchos millones y de muchos millones también la patulea que lo pida.

El clero, en cambio, no se deja esculcar los bolsillos, y á amigos y enemigos les pone cara fosca cuando tratan de meterle la mano.

Otro día de Noviembre [México].

Como decíamos ayer, la maldita cuestión monetaria acarrea y acarreará cada día mayores dificultades.

Nosotros, que echamos en cara á los puros el no tener una peseta, estamos quizás más tronados que ellos.

Se acaba de recibir aquí noticia de que Márquez ha tomado una conducta que pasó por Guadalajara ó que iba á partir de allí para embarcarse en Manzanillo.

¡Qué triste, y, por desgracia, qué exacta situación la que relata el General *consentido* del venerable clero!

Pinta á sus oficiales privados de sus mezquinos sueldos, con los pies descalzos, vestidos de harapos, sin mantas con que abrigarse en la fuerza de las lluvias, sujetos á un escaso rancho y sin socorro muchos días.

Habla luego del excelentísimo señor general Tapia, que muchas veces ha tenido que mendigar de puerta en puerta el socorro de la guarnición; del Jefe de Hacienda, que ha agotado su ingenio para encontrar recursos; de los jefes de los cuerpos, que han empeñado su crédito particular para conseguir el rancho de su tropa, y que ahora no cuentan con quien les preste medio real.

Ocurrió Márquez al cabildo de Guadalajara; pero le contestó que la Iglesia no defiende sus intereses propios y personales cuando propugna los principios católicos, sino los intereses de Dios... que la sociedad está interesada en